

tes ó de los feudos á que pertenecen, más debilitan estos la estructura de las divisiones al seno de las cuales van á vivir. La organizacion social que admite extranjeros, no puede ménos de aflojarse; en fin, su influencia obra como un disolvente para las organizaciones circunstantes.

Esto nos lleva á una verdad sobre la cual no se puede insistir mucho, á saber, que el crecimiento del poder popular está de todos modos asociado á las funciones comerciales. En efecto, solo en virtud de las funciones comerciales es como aun gran número de personas pueden ser inducidas á vivir en contacto íntimo unas con otras. Necesidades materiales mantienen dispersa á la población rural, mientras que las necesidades materiales impulsan á reunirse á los que se ocupan en el comercio. El conocimiento de los diferentes países y de las diversas épocas demuestra que las reuniones periódicas para el cumplimiento de ritos religiosos ó para otros fines de interés público, proporcionan ocasiones de compra y venta de las que generalmente se saca partido. Esta relacion entre la reunion de un gran número de personas y el cambio de los productos, que en un principio solo á intervalos existe, se hace permanente cuando estas personas viven reunidas de una manera permanente, esto es, cuando crece una ciudad alrededor de un templo, ó de un punto fortificado, ó de una comarca cuyas circunstancias locales favorecen cualquiera industria.

El desarrollo de la industria viene tambien en auxilio de la emancipacion del pueblo, al engendrar un órden de individuos cuyo poder, derivado de su riqueza, rivaliza con el poder de los que antes eran los únicos ricos, esto es, los hombres de la nobleza; y á veces lo sobrepaja. Al mismo tiempo que esto produce un conflicto que disminuye la influencia antes ejercida únicamente por los jefes patriarcales ó feudales, resulta de ello asimismo una forma más suave de subordinacion. El comerciante rico, sale generalmente de la clase no privilegiada, en los primeros tiempos; además la relacion que le une con sus dependientes no consiente la idea de la sujecion de la persona. En proporcion que la actividad industrial predomina, se hace familiar la relacion de empleador á empleado, relacion que difiere de la de dueño á esclavo, ó de señor á vasallo, en que no encierra la idea de homenaje. En las condiciones primitivas, la idea de una vida individual independiente, de una vida que no recibe la proteccion de un jefe de clan ó de un señor feudal, y que no viene obligada á la obediencia, no existe. Pero en las poblaciones urbanas, en gran parte compuestas de refugiados que se hacen pequeños comerciantes ó dependientes de grandes comerciantes, es cosa comun la práctica de una vida independiente, y de ella se concibe una idea clara.



Ferrer, Davis y C^o Editores.

Los Miralles, Union 17.

SAVONAROLA

Luego la forma de cooperacion distintiva del estado industrial que de este modo se origina favorece los sentimientos y las ideas apropiados al poder popular. Hay cada día una compensacion de pretensiones; la idea de equidad se define más de generacion en generacion. La relacion entre principal y dependiente, entre comprador y vendedor no podia sostenerse sino á condicion de que se cumplieran las obligaciones de ambas partes. Cuando no se cumplen desaparece la relacion y queda en pié la clase de relacion en que las obligaciones se cumplen. El éxito y el desarrollo del comercio tienen, pues, por compañero inevitable el mantener los respectivos derechos de las personas interesadas, y el fortalecer la idea de estos derechos.

En una palabra pues, al disolver de diferentes maneras la antigua relacion de estatuto personal sustituyéndola con la nueva relacion de contrato (empleando la antítesis de sir Henry Maine), el progreso del industrialismo acerca masas de gentes cuyos medios hacen factibles la modificacion de la organizacion política legada por el régimen militar, al mismo tiempo que su educacion les induce á ello.

Se acostumbra decir que los gobiernos libres son efecto de accidentes afortunados. Las luchas entre diferentes poderes del Estado, ó diferentes funciones, fueron las causas que impulsaron á los unos ó á los otros á solicitar el apoyo del pueblo, y por consiguiente los que acrecentaron su poder. Celoso de la aristocracia, el rey quiso poner de su parte la simpatía del pueblo, ya de los siervos, ya con más frecuencia de los ciudadanos, y por consiguiente, los favoreció; en otras partes el pueblo halló ventajoso el aliarse con la aristocracia para resistir la tiranía y las exacciones del rey. No hay duda que es posible presentar los hechos bajo este aspecto. En la lucha se origina el deseo de hacerse aliados; en fin, en la Europa de la Edad Media cuando las luchas entre los monarcas y los barones eran incesantes, el apoyo de las ciudades era de importancia. Alemania, Francia, España y Hungría nos ofrecen ejemplos de ello.

Pero es un error el ver en acontecimientos de esta clase las causas del poder del pueblo. Ellas son más bien las condiciones que permiten á las causas obrar; la debilidad accidental de instituciones antiguas no puede dejar de dar ocasiones á la accion de la fuerza hasta entonces contenida, que se halla pronta á operar cambios políticos. En esta fuerza pueden distinguirse tres factores: la masa relativa de las personas que componen las sociedades industriales por oposicion á las que están incorporadas á formas de organizacion más antiguas; los sentimientos é ideas permanentes que en ellas produce su manera de vivir,

y en fin, las emociones pasajeras suscitadas por actos especiales de opresión ó por la desgracia. Veamos cómo concurren estos factores.

La democracia ateniense nos suministra dos ejemplos. Antes de la legislación de Solón, el Estado estaba perturbado por violentas disensiones políticas; había también en él «una revuelta general de la población más pobre contra los ricos, resultado de la miseria combinada con la opresión (1).» Más tarde Kleisthenes en circunstancias análogas operó una revolución que tuvo por resultado una más extensa difusión del poder. La población relativamente independiente de los mercaderes inmigrantes, había crecido de tal manera entre la época de Solón y Kleisthenes, que fué necesario elevar á diez las cuatro tribus primitivas del Atira. Luego, esta masa acrecentada, compuesta en gran parte de hombres que no habían estado sometidos á la disciplina de los clans, y que por consiguiente podían contener menos las clases gubernativas, elevóse á la primera categoría en una época en que estas clases gubernativas se dividían. Mucho se dice que Kleisthenes «vencido en la lucha contra su rival llamó al pueblo en su ayuda,» y que la revolución tuvo por causa motivos de interés personal; pero en defecto de esta imponente voluntad del pueblo que había empezado á crecer mucho tiempo había, no habría podido verificarse la reorganización política, ó si se hubiese verificado no habría podido sostenerse. «Las sediciones son resultado de grandes causas, pero estallan á propósito de mezquinos incidentes,» dice Aristóteles: observación perfectamente verdadera con tal de corregirla ligeramente diciendo cambios políticos en vez de sediciones. En efecto, es evidente que una vez ha podido afirmarse el poder del pueblo ya no es posible eliminarlo. Kleisthenes en tales circunstancias no habría podido imponer á un número tan grande de hombres, instituciones discordantes con sus deseos. En suma, pues, fué el poder industrial quien en tales momentos produjo y conservó por consiguiente la organización democrática. Volviendo á la historia de Italia observaremos que el establecimiento de las pequeñas repúblicas, cuyo nacimiento coincidió con la decadencia del poder imperial, coincidió más particularmente con el conflicto de las autoridades que causaron esta decadencia. «La guerra de las investiduras, dice Sismondi, dió vuelo al espíritu de libertad y patriotismo en todas las municipalidades de Lombardía, Piamonte, Venecia, Rumania y Toscana (2).» En otros términos, mientras la lucha entre el emperador y el Papa absorbía las fuerzas de uno y otro, pudieron afirmarse los pueblos. En

(1) Grote.

(2) Sismondi.

una época más reciente, Florencia ofrece un ejemplo de naturaleza análoga aun que algo distinto en la forma.

«En el momento en que Florencia expulsaba á los Médicis, la república estaba dividida en tres partidos diferentes. Savonarola aprovechó este estado de cosas para sostener que el pueblo debía reservarse el poder y ejercerlo por medio de un consejo; adoptóse su proposición y este consejo se declaró soberano.»

Es España, el poder popular creció durante las turbulencias de la minoría de Fernando IV; asambleas periódicas compuestas de diputados de ciertas ciudades, se reunieron sin ser convocadas por la corona.

«El gobierno, queriendo desbaratar los ambiciosos proyectos de los infantes de La Cerda y sus numerosos partidarios, no pudo dispensarse de unir á sí estas asambleas. Las querellas de la minoría de Alfonso XI favorecieron más que nunca las pretensiones del tercer estado. Cada uno de los candidatos á la regencia hizo una corte asidua á las autoridades municipales con la esperanza de obtener los votos necesarios (1).»

Todos estos progresos fueron la consecuencia del desarrollo industrial; muchas de estas ciudades asociadas, ya que no su mayor parte, nacieron en una época anterior por la reconciliación de regiones desoladas durante las guerras de moros y cristianos; luego las poblaciones ó comunidades de colonos que dispersos en vastos territorios formaron ciudades prósperas, habíanse constituido con siervos y artesanos á los cuales habían concedido las cartas reales diferentes fueros, incluso hecha del de gobernarse á sí mismas. A estos ejemplos es necesario añadir otro que todo el mundo conoce. En efecto, en Inglaterra, durante la lucha entre el rey y los barones, cuando las facciones estaban casi equilibradas y las poblaciones de las ciudades habían aumentado de tal suerte por el comercio que cobrara importancia su concurso, fué cuando pudieron las ciudades desempeñar un papel apreciable, en primer lugar como aliadas de guerra y luego como partícipes del gobierno. No puede dudarse que cuando en 1265 fué convocado el parlamento en el cual no solo tomaron sitio

(1) Dunham. *History of Spain*. IV, 158.

tes ó de personas á que pertenecen, más debilitan esta estructura de las divisiones al seno de las cuales van á vivir. La organización social que admite extranjeros, no puede ménos de aflojarse; en fin, su influencia obra como un disolvente para las organizaciones circunstantes.

Esto nos lleva á una verdad sobre la cual no se puede insistir mucho, á saber, que el crecimiento del poder popular está de todos modos asociado á las funciones comerciales. En efecto, solo en virtud de las funciones comerciales es como aun gran número de personas pueden ser inducidas á vivir en contacto íntimo unas con otras. Necesidades materiales mantienen dispersa á la población rural, mientras que las necesidades materiales impulsan á reunirse á los que se ocupan en el comercio. El conocimiento de los diferentes países y de las diversas épocas demuestra que las reuniones periódicas para el cumplimiento de ritos religiosos ó para otros fines de interés público, proporcionan ocasiones de compra y venta de las que generalmente se saca partido. Esta relación entre la reunión de un gran número de personas y el cambio de los productos, que en un principio solo á intervalos existe, se hace permanente cuando estas personas viven reunidas de una manera permanente, esto es, cuando crece una ciudad alrededor de un templo, ó de un punto fortificado, ó de una comarca cuyos circunstancias locales favorecen cualquiera industria.

El desarrollo de la industria viene también en auxilio de la emancipación de los pueblos al engendrar un orden de individuos cuyo poder, derivado de su riqueza, rivaliza con el poder de los que antes eran los señores ricos, esto es, los señores de la nobleza; y á veces se establece un nuevo tipo de poder que esto produce un conflicto que disminuye la autoridad de los señores por los jefes patriarcales ó feudales, resulta de este conflicto una forma más suave de subordinación. El comercio, más que generalmente de la clase no privilegiada, en los primeros tiempos, establece la relación que le une con sus dependientes no consiente la idea de la sujeción de la persona. En proporción que la actividad industrial predomina, se hace familiar la relación de empleador á empleado, relación que difiere de la de dueño á esclavo, ó de señor á vasallo, en que no encierra la idea de homenaje. En las condiciones primitivas, la idea de una vida individual independiente, de una vida que no recibe la protección de un jefe de clan ó de un señor feudal, y que no viene obligada á la obediencia, no existe. Pero en las poblaciones urbanas, en gran parte compuestas de refugiados que se hacen pequeños comerciantes ó dependientes de grandes comerciantes, es cosa común la práctica de una vida independiente, y de ella se concibe una idea clara.



Ferrer, Barris y C^a Editores.

Lit. Miralles, Union 17.

SAVONAROLA.